

Sonó un videoteléfono en la oscuridad. Empleando toda su fuerza de voluntad, Silas enfocó la pantalla luminosa del radiodespertador: 3.07 a.m. Se le aceleró el pulso.

«A las tres de la madrugada no pueden ser buenas noticias.»

Buscó a tientas la luz de la mesilla de noche y deslizó una mano hasta el interruptor mientras se preguntaba quién podía llamarlo a esas horas. De pronto lo supo: el laboratorio. La luz era casi tan cegadora como la oscuridad, pero entornó los ojos y encontró el teléfono; con cuidado, pulsó el botón de solo voz.

—Diga —dijo con voz ronca.

—¿Doctor Williams? —La voz al otro lado de la línea era joven y masculina. No la reconoció.

—Sí —contestó Silas.

—El doctor Nelson me ha pedido que lo llame. Tendría que venir al complejo.

—¿Qué ha pasado? —Se incorporó un poco más y posó los pies en la alfombra.

—La suplente se ha puesto de parto.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Era demasiado pronto. Todos los modelos habían previsto una gestación de diez meses.

—Hace dos horas. La suplente no está muy bien. No pueden retrasarlo más.

Silas intentó despejarse y pensar racionalmente.

—¿Y el equipo médico?

—Están reuniendo a los cirujanos.

Silas se pasó los dedos, despacio, por la mata de rizos entrecanos. Buscó en el montón de ropa sucia tirada en el suelo, junto a su cama, y pescó una camisa que parecía un poco menos arrugada que las otras. Se consideraba, por encima de todo, un hombre amoldable.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Media hora, quizá menos.

—Gracias. Llegaré dentro de veinte minutos. —Silas apagó el teléfono. Para bien o para mal, había empezado.

Hacía una noche fría para tratarse del sur de California, y Silas conducía con las ventanillas bajadas, disfrutando de los remolinos que formaba el viento en el interior del Courser 617. Había humedad, y en el aire se adivinaba tormenta. La exaltación lo empujaba a correr. Tomó la salida de la autopista 5 a ciento diez kilómetros por hora, y se sonrió por cómo el coche se agarraba a la curva. De joven había soñado muchas veces con tener un coche como aquel. Esa noche su complacencia parecía profética; necesitaba todos y cada uno de aquellos purasangres que galopaban bajo el capó plano y elegante.

Al incorporarse a la interestatal, casi vacía, pisó a fondo el acelerador y vio cómo el velocímetro marcaba un poco más de ciento sesenta. En la radio sonaba a todo volumen una canción que no reconoció: rítmica y frenética, casi primitiva, en perfecta sintonía con su estado de ánimo. Su ansiedad aumentaba a medida que se acercaba al laboratorio.

Con los años se había acostumbrado a tener que ir de vez en cuando al laboratorio en plena noche, pero nunca así, con tantas incógnitas. La cara de Evan Chandler, con unos carrillos enormes, se dibujó en su mente, y sintió una oleada de rabia.

En realidad, no podía culpar a Chandler. No se podía pedir a una serpiente que no fuera una serpiente. Quienes deberían haberlo pensado mejor eran los miembros de la Comisión Olímpica.

Cambió de carril para adelantar a un minibús, sin bajar en ningún momento de los ciento cincuenta kilómetros por hora. Sus ojos oscuros vigilaban por el espejo retrovisor por si aparecía una patrulla de policía. No le preocupaba la multa. Estaba exento de cualquier multa que pudieran ponerle las autoridades locales en el trayecto entre su casa y el laboratorio, pero el tiempo que tardaría en dar las explicaciones era demasiado valioso. El campo estaba libre. Dio gas a fondo. Al cabo de unos minutos pisó el freno, redujo a tercera y cruzó dos carriles para tomar la salida. Ya había salido de la ciudad propiamente dicha y estaba entrando en los barrios periféricos de San Bernardino.

Cuando llegó ante la entrada principal y bien iluminada de los laboratorios Five Rings, Silas no levantó el pie del acelerador. No tenía tiempo para entrar por allí y recorrer el sinuoso camino de acceso. Prefirió continuar y torcer a la izquierda al llegar a la vía de servicio, y pasó a toda velocidad ante la alambrada que bordeaba la calzada de grava. En la esquina giró el volante y volvió a torcer a la izquierda, reduciendo la velocidad al acercarse a la entrada trasera. Le mostró su pase al vigilante armado y las barreras de hierro se abrieron hacia dentro justo a tiempo para no estropearle la pintura del coche.

Los terrenos del laboratorio eran extensos y estaban ajardinados: una amplia red trófica tecnológica compuesta por pequeños campus interconectados, estructuras de tres o cuatro plantas que compartían el espacio con parcelas de vegetación. Cristal, ladrillo y árboles. Un semicírculo de edificios parecía conferenciar alrededor de un pequeño estanque artificial.

Sus faros iluminaron el camino hasta un edificio situado al oeste del complejo, y detuvo el coche en la plaza de

aparcamiento que tenía asignada.

Le sorprendió ver al doctor Nelson esperándolo allí, una silueta de escasa estatura, retacona, iluminada por los fluorescentes.

—Tenía usted razón. Veinte minutos exactos —observó el doctor Nelson.

Silas soltó un gruñido al salir del vehículo con dificultad.

—Es una de las ventajas de tener un coche deportivo —dijo, y, ya en pie, estiró la entumecida espalda.

Nelson esbozó una sonrisa nerviosa.

—Sí, bueno, ya veo cuál es el inconveniente. Alguien de su estatura debería plantearse seriamente llevar un coche más grande.

—Mi quiropráctico dice lo mismo. —Silas supo que arriba las cosas no marchaban bien; Nelson no era muy dado a las bromas. De hecho, Silas no recordaba haberlo visto sonreír jamás. Se le encogió un poco el estómago.

Se dirigieron hacia los ascensores, y Nelson pulsó el botón del tercer piso.

—¿En qué fase estamos? —preguntó Silas.

—Está anestesiada, y el equipo quirúrgico está casi preparado.

—¿Constantes vitales?

—Mal. La pobre está consumida, en los huesos. Ni siquiera la dosis calórica que le hemos administrado ha sido suficiente. Pero el feto está bien. Los latidos de su corazón todavía son fuertes y constantes. La ecografía muestra que tiene aproximadamente el tamaño de un ternero recién nacido a término, de modo que no creo que la operación entrañe ningún

peligro.

—La operación no es lo que me preocupa.

—Sí, ya lo sé. Tenemos una incubadora preparada por si acaso.

Silas siguió a Nelson; doblaron una esquina y recorrieron otro largo pasillo. Se detuvieron ante una puerta de cristal, y Nelson deslizó su pase por la ranura del panel. Se oyeron una serie de pitidos, y a continuación una voz femenina digitalizada:

«Acceso permitido. Puede pasar».

La galería de observación era larga y estrecha y estaba abarrotada. Se trataba de una galería cerrada que sobresalía sobre un quirófano, y la mayoría de las personas que estaban allí miraban hacia abajo a través de una hilera de ventanas que discurrían a lo largo de la pared izquierda.

Al fondo de la abarrotada sala, un hombre alto con melena rubia y desgreñada los vio entrar.

—Pasad, pasad —dijo Benjamin agitando una mano.

Tenía veintiséis años y era el más joven de los que trabajaban en el proyecto. Era un prodigio salido de las facultades de citología del Este, y se describía a sí mismo como un hombre que sabía tratar a los ovocitos. A Silas le había caído simpático nada más conocerlo, hacía un año.

—Llegas justo a tiempo para no perdértelo —dijo Benjamin—. Estaba convencido de que no conseguirían sacarte de la cama.

—Tres horas de sueño son suficientes para seguir funcionando treinta y seis horas más. —Estrechó con fuerza la mano de Benjamin—. ¿Cómo está nuestro amiguito?

—Como verás —Benjamin señaló la ventana—, las cosas han ido un poco más deprisa de lo que esperábamos. En la última hora, la suplente ha pasado de pachucha a moribunda, y se han

precipitado las contracciones. Creemos que todavía es un poco pronto, pero como no se puede navegar con un barco que se hunde... —Benjamin se sacó un puro del bolsillo de la bata de laboratorio y se lo ofreció a Silas—. Parece ser que nuestro pequeño gladiador va a llegar al mundo.

Silas cogió el puro y no pudo evitar sonreír.

—Gracias.

Se dio la vuelta y avanzó hacia el cristal. La vaca estaba tumbada de lado en una gran mesa de acero inoxidable, rodeada de un equipo de médicos y enfermeras. Los cirujanos estaban apiñados alrededor de su paciente, y solo se les veían los ojos y la frente por encima de las mascarillas estériles.

—Ya casi está —dijo Benjamin.

Silas lo miró y dijo:

—¿Alguna novedad en el monitor del ecógrafo?

Benjamin negó con la cabeza y se ajustó las gafas en la nariz larga y delgada. Por primera vez, su cara dejó de irradiar optimismo.

—Le hemos hecho otra serie, pero no hemos conseguido extraer información adicional.

—¿Y esas estructuras de que hablamos?

—Todavía no hemos podido identificarlas. Aunque todos se lo han pasado en grande aportando hipótesis.

—No soporto hacer esto a ciegas.

—Ya me lo imagino —dijo Benjamin con cierta acritud—. Pero la Comisión Olímpica no te dejó mucho margen de maniobra, ¿verdad? Ese gordo de mierda ni siquiera es biólogo, joder. Si

algo sale mal, la responsabilidad no será tuya.

—¿De verdad crees eso?

—No, supongo que no.

—Entonces eres más listo de lo que creía.

—Bueno, de una forma u otra Evan Chandler tendrá que dar muchas explicaciones.

—No creo que esté muy preocupado —dijo Silas en voz baja—. No lo veo por aquí, ¿y tú?

Los científicos estaban de pie, apiñados frente al cristal, paralizados por la escena que se desarrollaba más abajo. Dentro de los límites de la blanca isla de luz, un bisturí lanzaba destellos de acero inoxidable. La vaca estaba inmóvil, tumbada sobre el costado izquierdo, mientras la abrían desde el esternón hasta la pelvis con un solo corte lento y certero. Unas manos enguantadas se introdujeron en su abdomen y fueron separando con cuidado capas de tejido para adentrarse en él. Silas notaba los latidos de su corazón. Las manos desaparecieron por completo, y luego los brazos, hasta los codos. Los ayudantes utilizaban unas pinzas curvadas enormes para ensanchar la incisión.

El cirujano desplazó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Tenía la espalda en tensión. Silas imaginó que el hombre apretaba la mandíbula bajo la mascarilla quirúrgica, esforzándose y hurgando en las tripas de la vaca. «¿Qué debe de sentir?» Un último tirón, y fuera. El médico, con bata blanca, extrajo lentamente una masa oscura y goteante mientras una enfermera se acercaba para cortar el cordón umbilical. Unos débiles pitidos esporádicos se transformaron en un pitido continuo que indicaba que la vaca había muerto. El equipo médico hizo caso omiso de la señal y concentró toda su atención

en el recién nacido.

El primer cirujano puso aquel cuerpo ensangrentado en una mesa, bajo las lámparas, y empezó a limpiarlo con una esponja y agua caliente, mientras otro médico le despegaba las gruesas capas de sustancia fibrosa que todavía tenía adheridas.

El cirujano habló por el micrófono incorporado a su mascarilla, y su voz sonó por los altavoces en la galería de observación.

—El feto es oscuro... todavía está cubierto por el saco embrionario... textura gruesa, fibrosa; lo estoy desprendiendo.

Silas tenía la cara casi pegada al cristal, y trataba de ver algo por encima del hombro del médico. Hubo un momento en que alcanzó a ver al recién nacido, pero entonces el equipo médico se desplazó alrededor del paciente y ya no vio nada más. Por los altavoces se oía respirar al médico.

—Esto... es interesante... no estoy seguro... —Su voz se fue apagando.

Pronto Silas oyó un chillido estridente que le hizo daño en los oídos y silenció los murmullos de emoción en la galería. Fue un chillido extraño que no se parecía a nada que él hubiera oído antes.

Los médicos, uno a uno, se apartaron del ruidoso recién nacido, dejando un hueco que permitió a Silas echar su primera ojeada.

Se quedó boquiabierto.

Más tarde, esa misma mañana, la tormenta que llevaba horas amenazando con descargar lo hizo por fin, con la sutileza de un escopetazo. Los truenos retumbaban sobre las extensiones de césped alterado californiano. El doctor Silas Williams contemplaba la escena desde la ventana de su despacho del segundo piso, con las manos cogidas detrás de la espalda. El dolor de oído por fin había empezado a disminuir, haciéndose



soportable. Siempre aparecía en los momentos más inoportunos, y Silas no había querido tomar nada más fuerte que una aspirina porque sabía lo que se avecinaba. Iba a necesitar toda su agudeza.

Al otro lado de la ventana, los escasos pero cuidados cortavientos de robles, nogales y alisos repartidos por el amplio y verde paseo temblaban y oscilaban como si intuyeran lo que iba a ocurrir. Las ráfagas de viento que llegaban por el oeste doblaban sus ramas. A lo lejos, Silas veía la carretera y los coches, con los faros encendidos, destacados contra un cielo inusualmente oscuro para ser media mañana.

Siempre había pensado que había magia en esos momentos inmediatamente anteriores a la lluvia, cuando el cielo rumiaba y murmuraba sus promesas. Los últimos instantes antes de un aguacero parecían existir fuera del tiempo. Era un drama eterno, tan antiguo como la naturaleza, antiguo como la vida. Una sorda cortina de precipitación se extendió por el paisaje, de oeste a este, empapando la hierba de inmediato. Silas se aferró un instante a los bordes de vagos y remotos recuerdos de otras tormentas en otros continentes, y creyó ver la alta hierba de la sabana agitándose y arrodillándose ante el monzón.

La primera gota, gruesa, golpeó la ventana. Luego otra, y una docena, hasta que la ventana empezó a fluir como un río, borrando el mundo exterior. Cuando el cielo se oscureció aún más, y el paisaje detrás de la ventana se desdibujó bajo la fuerte lluvia, Silas se vio reflejado en el cristal. Examinó el semblante que tenía la mirada fija en él. Una cara bastante atractiva, aunque un tanto ajada. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, ese día de nacimiento y lluvia, su mente lo trasladó a la infancia. A una cara muy parecida a la suya.

Silas tenía recuerdos fragmentados de su padre: piernas largas, una silueta altísima que lo arropaba por las noches. Unas manos enormes con las palmas alargadas, rectangulares. Una

presencia masculina, sólida.

Y luego una ausencia.

El padre de Silas había muerto en el incendio de una refinería cuando él tenía tres años, y a su hijo solo le había dejado unos pocos recuerdos, vagos como fantasmas. Casi todo lo que Silas sabía de su padre lo sabía a través de las historias que le había contado su madre y de las fotografías. Pero las fotografías, en gran medida, eran las que hablaban con mayor elocuencia.

El retrato familiar que estuvo colgado durante décadas en el salón de la casa de su madre mostraba a un hombre altísimo, ancho de espaldas, con el pelo rizado y muy corto. Una tierna sonrisa le dibujaba un hoyuelo en la mejilla izquierda. Estaba sentado al lado de la madre de Silas, cogiéndole una mano, y su tez de color café contrastaba con la piel de ella, que tiraba más a miel. Tenía una cara que algunos norteamericanos habrían descrito como exótica: ancha y angulosa a la vez, una estructura ósea inusual que llamaba la atención. Unos pómulos enormes, altos y marcados dominaban las proporciones de su cara. En numerosas ocasiones, de pequeño Silas se había fijado en que la gente se quedaba embobada ante aquella fotografía, como si su padre fuera un enigma que hubiera que descifrar. ¿Qué veían en aquel hombre, en aquel muerto?

A los veinte años, la hermana de Silas se había aprovechado de la estructura ósea y las largas extremidades que había heredado de su padre para trabajar de modelo. Con eso se había pagado la universidad cuando decidió desviarse de la ruta que le habían marcado y renunciar a su beca, algo que pocos jóvenes podían permitirse. Ashley se había casado y tenía un niño pequeño. Todavía les quedaba un año de contrato matrimonial provisional, pero eran una pareja feliz y tenían intención de firmar el definitivo en cuanto se cumpliera el plazo. Silas los envidiaba un poco. Lo que ellos tenían no se parecía en nada a lo que él había compartido con Chloe años atrás.

Recordaba las peleas y los gritos, los portazos, las cosas que se decían y que, una vez dichas, ya no podían retirarse. Pero lo que más daño hizo fueron los silencios. Las calmas interminables que consumían sus noches, cada vez más largas a medida que pasaban los meses y ambos aceptaban que en realidad ya no tenían nada más que decirse.

Ninguno de los dos había querido tener hijos, y al final ya no había nada que los mantuviera unidos. Se entregaron en cuerpo y alma a sus respectivas carreras profesionales. Al final dejaron que el contrato expirara, sencillamente. Ni siquiera hablaron de ello. El tercer aniversario llegó y pasó sin que ninguno de los dos solicitara una prolongación, y al día siguiente ya no estaban casados. Muchos matrimonios acababan así.

Y sin embargo, la noche que ella se había marchado de casa él se había sentido mal. No quería que ella se quedara, pero al verla salir por la puerta por última vez, había sentido... pena. No por perderla, sino por perder lo que habría podido haber entre ellos. El inmenso vacío de su vida casi lo había aplastado.

Lo había salvado el trabajo, como siempre. Más tarde, ese mismo mes, había ganado el Premio Crick por su contribución al diseño en el proyecto *Ursus theodorus*. Solo tenía veintisiete años y de pronto se encontraba en la primera línea de la revolución biológica. El osito de peluche había acabado convirtiéndose en la cuarta mascota más popular de Estados Unidos, después de los perros, los gatos y los zorros domésticos. Así había empezado todo.

El zumbido del intercomunicador interrumpió sus pensamientos.

Vio el destello de un rayo. Silas inspiró hondo y miró las cortinas de lluvia que resbalaban por el cristal. Aquello no le apetecía nada. La mayoría de los miembros de la Comisión Olímpica y él se tenían antipatía mutua, y ese año la situación había empeorado por la decisión de la comisión de utilizar el

diseño de Chandler.

Volvió a sonar el intercomunicador.

—Sí —dijo.

—Doctor Williams, el señor Baskov ha venido a verlo —dijo su secretaria.

Silas se sorprendió.

—Hágalo pasar.

No era ningún secreto de Estado que Stephen Baskov representaba algo más que otro voto anónimo en la comisión. Su reputación estaba ampliamente reconocida y le hacía un buen servicio en las aguas infestadas de tiburones de la política olímpica. Oficialmente, solo presidía la comisión; oficiosamente, la gobernaba.

—Buenos días, doctor Williams —dijo Stephen Baskov pasándose el bastón a la mano izquierda y tendiéndole la derecha a Silas.

Silas le estrechó la mano y le ofreció asiento. Baskov se sentó en la silla con elegancia y estiró las piernas. Era un hombre robusto, con un rostro proporcionado y rubicundo. Llevaba el pelo, completamente blanco, peinado para economizar al máximo su reducido presupuesto capilar. Aparentaba ser un anciano afable de unos ochenta años, casi un abuelito, pero Silas lo conocía bien. Su apariencia sencilla contrastaba con su verdadera personalidad. En aquella cara avejentada, bajo las pobladas cejas blancas, brillaban unos ojos fríos como el hielo.

—Me han dicho que anoche vivió una experiencia de lo más emocionante —empezó Baskov.

Silas se sentó en su silla y puso los pies encima del gran

escritorio.

—Sí, fue espectacular.

Baskov sonrió y apoyó las manos, cubiertas de vello blanco, en las rodillas.

—Dice mi gente que es usted el responsable del nacimiento con éxito de otro gladiador. Felicidades.

—Gracias. Supongo que eso no es lo único que le han contado.

—¿Por qué da por hecho que me han contado algo más?

—Porque si su gente solo le hubiera contado eso, no estaría aquí ahora.

—No, seguramente no.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de su visita? ¿En qué puedo ayudarlo?

—La comisión ha decidido no esperar a su informe. Me han enviado a averiguar qué tenemos exactamente entre manos. Si he de serle sincero, la descripción que nos han facilitado es un poco desconcertante.

—¿Desconcertante? Un calificativo interesante.

—Bueno, se emplearon también otras palabras.

—¿Por ejemplo?

—Inexplicable —dijo Baskov—. Inquietante. Perturbador.

—Creo que todas encajan muy bien —concedió Silas asintiendo con la cabeza.

—A la comisión no le gusta oír ninguna de esas palabras en

relación con su inversión en este proyecto.

—Ni a mí.

—¿Está sano?

—Mucho —afirmó Silas.

—Eso es buena señal.

—De momento.

—¿Prevé algún problema, alguna razón que pudiera impedirle competir?

—Lo único que veo son problemas. Respecto a si podrá competir o no, no tengo ni idea. Necesitamos ver los resultados de los análisis de sangre antes de especular siquiera con la posibilidad de que sobreviva a esta semana.

—Y eso, ¿a qué se debe?

—No tengo ni idea de qué clase de haplotipo de inmunidad presenta. Un resfriado común podría matarlo.

—¿Un resfriado común? Eso debe de ser una posibilidad muy remota, ¿no?

—No tengo forma de saber si es remota o no, señor.

—Hasta ahora nunca había tenido problemas con la vulnerabilidad ante las enfermedades.

—Exactamente. Tampoco he tenido nunca problemas para acceder a los patrones de diseño. —Silas dejó que una actitud desafiante asomara en su rostro.

Baskov lo advirtió de inmediato y le dio la vuelta a la tortilla.

—Percibo cierto clima de animosidad —dijo, y por la parte inferior de su cara se extendió una sonrisa. Su voz subió una octava y adquirió un tono interrogante—: ¿Tiene algún problema conmigo, doctor Williams?

La franqueza de la pregunta pilló por sorpresa a Silas. Se planteó abordarla de frente, pero decidió modificar un poco su táctica. Su cargo de director de programa era casi tan político como científico, y si bien odiaba aquel aspecto de su trabajo, había aprendido algo de diplomacia tras tantos años en el puesto. Abordar de frente algo como la comisión era una buena manera de acabar con un costurón en la ceja.

—Permítame hacerle una pregunta, señor Baskov —dijo—. Llevo doce años supervisando la sección Helix de Desarrollo Olímpico. En todo este tiempo, ¿cuántas medallas de oro ha conseguido Estados Unidos en las pruebas de gladiadores?

—Tres —respondió Baskov, y frunció las cejas. No estaba acostumbrado a contestar preguntas.

—Tres, así es. Tres Juegos, tres victorias. Conseguimos esas medallas gracias a mis diseños. A mis diseños, no solo al ingrato trabajo citológico. Esta vez su comisión ha luchado contra mí. Quiero saber por qué. —Esa pregunta había estado ardiéndole en las entrañas durante meses, mientras veía crecer el vientre dilatado de la suplente.

Baskov dio un suspiro.

—Este caso es diferente de los otros; no hace falta que se lo diga. Intervienen factores de los que usted no sabe nada.

—Pues ilumíneme.

—Casi todos los otros eventos olímpicos apenas han cambiado en los últimos cien años. La maratón sigue teniendo cuarenta y dos kilómetros, y seguirá teniendo cuarenta y dos kilómetros

cuando usted y yo llevemos mucho tiempo muertos. Pero la prueba de los gladiadores tiene mucho que ver con el cambio.

—Yo creía que tenía mucho que ver con ganar.

—Sí, eso por encima de todo. Pero se trata de exhibir los avances tecnológicos de cada país. Tenemos que utilizar las mejores herramientas, las más nuevas, que tenemos a nuestra disposición. No es como la carrera de cien metros, donde coges al atleta más rápido que tengas, lo llevas a la pista y esperas que gane.

—Dudo mucho que a los entrenadores de atletismo olímpico les guste esa simplificación.

—Dudo mucho que me importe un cuerno lo que les guste y lo que no. La prueba de los gladiadores es algo más que un simple test de velocidad.

—Y algo más que un juego de realidad virtual —le espetó Silas.

—Sí, tiene razón. Pero eso no altera el hecho de que el ordenador de Chandler es capaz de diseñar especificaciones que usted no puede tocar. En esta prueba solo hay una regla: nada de ADN humano. Nada más. Eso deja muchísimo espacio para jugar, y no lo estábamos aprovechando. Nuestra decisión fue puramente empresarial, ni más ni menos. No pretendía ser un reproche hacia usted.

—Si fuera un reproche hacia mí, lo entendería. Pero mis diseños tienen un historial de éxitos que los avalan. Ganamos. Siempre hemos ganado.

—Y los refrendos que eso conlleva, lo sé. La comisión le está muy agradecida por ello. Usted tiene una gran parte del mérito de que Estados Unidos haya dominado el campo. Pero la última vez podríamos haber perdido, y usted lo sabe.

Silas guardó silencio. Recordó la sangre. Recordó las vísceras



esparcidas por el serrín. El gladiador estadounidense había sobrevivido cuarenta y siete segundos más que su rival. La diferencia entre el oro y la plata.

—No sé si comprende bien la presión bajo la que se encuentra ahora el programa —continuó Baskov—. No podemos arriesgarnos a perder. Mientras usted estaba aislado aquí, en su pequeño laboratorio personal, el resto del programa ha tenido que exponerse al mundo real. ¿O acaso lo ha olvidado?

—No.

—A mí me parece que sí. La prueba de los gladiadores es un asunto sangriento; por eso es tan popular y por eso siempre la censuran. Ahora los activistas tienen un poderoso lobby en el Congreso, y están presionando para que se celebre una nueva votación.

—Y no lo conseguirán.

—No, no lo conseguirán. Pero la opinión pública es impredecible. Hasta ahora, el éxito la ha fortalecido, y la comisión ha sido informada de que para que la prueba de los gladiadores siga formando parte de los Olímpicos tenemos que seguir cosechando éxitos. No tenemos otra alternativa.

«Informada, ¿por quién?», se preguntó Silas.

—Esta competición no va a ser tan sencilla como la anterior —prosiguió Baskov—. Según nuestras fuentes, el competidor chino es temible. Me limitaré a decir que cuando comparamos sus diseños con los pocos datos que tenemos del rival, sus ideas se revelaron insuficientes. Con los códigos que puso usted en las secuencias, no habría podido ganar.

—¿Cómo pueden saber si...?

—No habría podido ganar —lo interrumpió Baskov—. No

tomamos la decisión a la ligera.

Con gesto inexpresivo, Silas se quedó mirando al hombre que tenía delante. Le habría gustado agarrarlo por las solapas, levantarlo de la silla y zarandearlo. Le habría gustado gritarle: «¿Qué ha hecho?».

Pero volvió a pensar en cabezas abiertas, y poco a poco consiguió meter su rabia en un sitio donde pudiera apagarla.

—Lo entiendo —dijo en un tono cortado, controlando sus palabras—. A lo mejor no dispongo de toda la información, pero todavía soy el director del programa. Y todavía hay problemas que tenemos que solucionar.

—Eso tengo entendido. Sabemos que hay problemas. Los informes que ha presentado estos últimos meses no han caído en saco roto.

—Entonces, ¿por qué no ha actuado la comisión?

—Decidimos esperar y ver qué ocurría.

—¿Quiere ver... lo que ha ocurrido?

—Estaba esperando que me lo preguntara.

Avanzaron lentamente por el estrecho pasillo; Silas acortaba sus pasos deliberadamente para adaptarse a los andares renqueantes de Baskov. Se preguntó si el anciano sentiría una gran expectación. Joder, él también la sentía, y ya había visto el organismo, lo había examinado, lo había tenido en las manos. El recién nacido era la cosa más hermosa y perfecta que Silas había visto jamás.

Baskov rompió el silencio al doblar una esquina.

—La comisión está muy preocupada por la descripción que

hemos recibido. No es humanoide, ¿verdad?

—Quizá sí. No del todo.

—¿Qué coño significa eso?

—Cuando lo vea lo entenderá.

—¿Y las manos?

—¿Qué pasa con las manos?

—¿Es verdad que tiene... manos? Es decir, ¿no tiene garras, ni cascos, ni ninguna otra cosa, como los anteriores?

Silas contuvo la risa. «Que sufra un poco, el muy cabrón.»

—Yo las llamaría manos. No son como las nuestras, pero son manos. —Su humor negro se aplacó un tanto—. Pero las semejanzas son, en general, superficiales.

—¿Tendrá problemas para demostrar que no se ha utilizado ADN humano en el diseño?

Silas miró al anciano. Por un instante volvió a montar en cólera. Inspiró hondo. Faltaba menos de un año para que se celebrara la competición, de modo que ya era un poco tarde para plantearle esa pregunta.

—Respecto a eso, sé tanto como usted —dijo—. La obra maestra de Chandler no nos proporcionó ningún tipo de explicación sobre los datos de las secuencias, solo código original. Creía que, puesto que habían preferido su diseño al mío, debían de tener alguna idea de qué era lo que les estaba ofreciendo Chandler. Tendrá que preguntárselo a él. Mis informes son precisos, y si los lee...

—Los leímos. Pero no sabíamos si podíamos darles crédito.

Silas barajó diversas reacciones a la afirmación del anciano, pero puesto que la mayoría habrían conllevado el fin de su carrera y, probablemente, su encarcelación por agresión con lesiones, decidió no decir nada. Por primera vez se planteó la posibilidad de que el pensamiento del presidente de la Comisión Olímpica fuera, en algunos aspectos, absolutamente irracional. A veces el poder producía ese efecto en las personas.

Pasaron por una puerta de acero de doble hoja y recorrieron un estrecho pasillo.

—Le recuerdo que mañana por la noche es la cena de los patrocinadores. Necesito que asista —dijo Baskov.

—Enviaré al doctor Nelson.

—Irá usted personalmente. Necesitamos acallar los rumores que han empezado a circular. En este negocio, la imagen es dinero. La delegación saldrá del complejo a las seis en punto.

«¿Rumores?»

Llegaron ante otra puerta de acero. Un gran letrero amarillo rezaba:

ATENCIÓN

SOLO PERSONAL AUTORIZADO

Silas abrió con su pase, y Baskov se paró en seco, parpadeando ante el intenso resplandor del vivero. Un pelirrojo corpulento estaba sentado frente a una consola cerca de la pared del fondo. No había ventanas, solo una gran pecera de cristal cuadrada en medio de la habitación.

—¿Cómo va? —preguntó Silas al pelirrojo.

—Bien —contestó Keith—. Ya lleva una hora durmiendo como

un bebé. ¿Ha venido a enseñarles su pequeña creación?

—No es mi creación —lo corrigió Silas—. Es obra de Chandler.

Se asomaron. La cuna era grande, y detrás de los barrotes cromados se retorció una figura envuelta en un capullo holgado de mantas de color rosa.

—Parece que ahora está despierto —observó Silas.

—Seguramente vuelve a tener hambre —replicó Keith—. No se imagina cómo le gusta comer.

Silas leyó la tabla donde se registraban las ingestas del recién nacido y se volvió hacia Baskov.

—Esta pecera es una incubadora. El sistema lo controla todo de forma autónoma: temperatura, humedad, índices de saturación de oxígeno...

Baskov asintió con la cabeza y se inclinó para ver mejor.

—¿Quiere acercarse más? —preguntó Silas.

—Sí, claro.

Se pusieron mascarillas y batas esterilizadas y guantes de látex.

—Esto solo es una precaución temporal —aclaró Silas.

—¿Para nosotros o para él?

—Para él.

Baskov asintió con la cabeza.

—¿Por qué hablamos de él? ¿Es varón?

—No, hembra, según los genitales externos. O la ausencia de

genitales externos.

La puerta de la pecera se abrió con un débil silbido, y entraron en ella. Dentro el aire era más cálido y más húmedo. Silas notó el calor de las luces en la parte de la nariz que no le tapaba la mascarilla. Se agachó e introdujo las manos en la cuna a través de los barrotes. Baskov permaneció quieto a su lado. Silas apartó las mantas y descubrió aquella figura que se retorció.

Silas oyó una brusca aspiración junto a su hombro.

—Dios mío —fue lo único que Baskov atinó a decir.

El recién nacido estaba boca arriba, agitando sus cuatro fornidas extremidades. Una vez más, Silas tuvo que hacer un esfuerzo para interpretar lo que estaba viendo. No se podía comparar con nada, de modo que su cerebro tenía que partir desde cero, juntando todas las piezas para obtener una visión de conjunto.

El recién nacido no tenía pelo y casi toda su piel era de un negro muy oscuro, ligeramente reflectante bajo el cálido resplandor de las lámparas de calor, como si estuviera recubierto por una película de barniz. Solo las manos y los antebrazos eran diferentes. Su tamaño era aproximadamente el de un niño de tres años. Los anchos hombros se estrechaban hasta formar unos brazos largos y gruesos que en ese momento estaban extendidos hacia los barrotes. A partir del codo, el color de la piel cambiaba a rojo intenso. Las manos, de color sangre, golpeaban el aire, apretadas; los extremos afilados de unas garras empezaban a salir de las puntas de los dedos, largos y ganchudos. Las extremidades traseras eran monstruosidades semejantes a las de un velociraptor, con complicadas articulaciones y pies planos bajo cuya piel se apreciaban las cuerdas de músculos y tendones.

Dos ojos enormes, grises, destacaban en la cara, negra y brillante, y enfocaban a los dos hombres que estaban asomados

a la cuna. Silas creyó notar el peso de una mirada alienígena. La mandíbula inferior, ancha y prominente, debía de tener mucha fuerza. Una bóveda craneal muy abultada se extendía por encima de la cara protuberante, coronada por dos membranas blandas semicirculares de cartílago auricular.

El recién nacido abrió la boca y lanzó el mismo extraño gemido que Silas había oído la noche anterior. También el interior de la boca era de un negro intenso.

—Esto supera... —empezó a decir Baskov.

—Sí, es una forma perfecta de describirlo.

Baskov acercó una mano enguantada hacia el recién nacido, pero por lo visto se lo pensó mejor.

—Esto supera lo que yo creía que podíamos hacer —dijo.

—Efectivamente. No podemos hacer esto —dijo Silas.

Los dos hombres se miraron.

—¿Cómo? —preguntó Baskov.

—Se lo está preguntando a la persona equivocada, ¿recuerda? Yo soy el constructor, no el diseñador.

—¿Está bien montado? ¿Es así como van las piernas?

—Bueno, exteriormente todo es simétrico, y eso es buena señal. Pero todavía no ha visto lo más interesante. —Silas se inclinó, con los brazos entre los barrotes, y cogió al recién nacido por debajo de las axilas. El recién nacido forcejeó, pero Silas consiguió darle la vuelta y tumbarlo boca abajo.

—¿Qué es eso? —preguntó Baskov en voz baja.

—No estamos completamente seguros, pero los rayos-X indican

que seguramente son una especie de alas, todavía inmaduras.

—¿Alas? ¿Me está diciendo que esta cosa tiene alas?

Por toda respuesta, Silas se encogió de hombros.

—Pero no son funcionales, ¿verdad?

—No lo creo. El vuelo es probablemente la forma más difícil de locomoción desde el punto de vista del diseño, y desde luego esta cosa no parece provista de líneas aerodinámicas. Los huesos son enormes y muy fuertes.

—Pero ¿qué sentido tiene intentarlo? En el estadio no hay sitio para volar. —Baskov se inclinó un poco más—. Y esas orejas tan grandes son un lastre. Y los ojos también.

—Supongo que ahora entiende mi frustración por su elección del diseñador. Necesitamos hablar con él.

La expresión de Baskov pasó del asombro a la irritación.

—Ya no es tan fácil como antes hablar con Chandler.

—¿Dónde está?

—El problema no es dónde está. El problema es que ya no es tan fácil hablar con él.

Tras acompañar a Baskov al vestíbulo, Silas volvió al vivero y dijo a Keith que podía marcharse a su casa. Se quedó de pie junto a la cuna, observando en silencio la respiración del bebé. Porque era un bebé. Del tamaño de un ternero recién nacido, pero tan frágil y poco desarrollado como cualquier recién nacido humano. Metió una mano entre los barrotes y le acarició la espalda. Estaba tumbado boca abajo, con las patas recogidas y el trasero en alto.



«Es bonito.»

Pero cualquier forma de vida era bonita en esa etapa. Inocencia pura combinada con egoísmo absoluto. Su única función era tomar de quienes lo rodeaban lo necesario para sobrevivir y crecer, completamente ajeno al esfuerzo que implicaba satisfacer sus necesidades.

Silas cerró los ojos y aspiró el olor de aquel ser. Notó que se relajaba un poco. En una ocasión su hermana había insinuado que Silas se había hecho genetista para crear algo que fuera parte de él. Se equivocaba. Para eso era para lo que la gente tenía hijos.

Él pretendía crear algo que fuera mejor que él mismo. Mejor que cualquier ser humano. Algo que estuviera un poco más cerca de la perfección. Pero siempre había fracasado. Sus creaciones eran monstruos comparados con eso. Solo eran Frankensteins animales con impulsos que la sociedad no consentía a los hombres.

Pero en una ocasión se había acercado: con Teddy. *Ursus theodorus* era adorable, tierno y, de alguna manera, inteligente. Esa última cualidad le había costado la vida al primer prototipo. Era demasiado inteligente. Había gente que se ponía nerviosa. La junta directiva había tomado una decisión, y una noche lo habían obligado a poner a aquella pequeña criatura encima de una mesa e inyectarle una dosis de tranquilizante suficiente para que dejara de respirar. Silas se había apartado, con el corazón en un puño, y había visto morir a su creación.

Los Teddys de la siguiente serie eran más tontos y gustaron más a la junta, pero para Silas no fue lo mismo. Ya no le atraía la fabricación de mascotas. Cuando quedó libre el puesto en la Comisión Olímpica, fue a por él. Ya que tenía que ver morir a sus éxitos, prefería anticiparse a ese momento desde el principio. Sin sorpresas.

Pero aquello era una sorpresa.

«Pero no es mi sorpresa. Esta vez no es mi bebé.»

Chandler estaba trastornado. De eso no cabía duda. Y aquello lo había creado él. Silas reprimió el impulso de sentir admiración por aquel hombre. En todos los años que Silas llevaba trabajando de genetista, nunca había estado cerca siquiera de desarrollar un ser como el que tenía ante él ahora.

Apartó esos sentimientos y dejó que la rabia ocupara su lugar. Chandler no sabía nada de genética. No sabía nada de la vida. De lo único que entendía era de ordenadores. Y en realidad, el verdadero creador había sido su ordenador.

Aquel ser vivo pequeño y perfecto que yacía roncando al otro lado de los barrotes lo había creado un organizado compuesto de cables, chips y pantallas. De alguna manera, toda esa belleza, toda esa perfección provenían de una máquina.